

alas de la felicidad al cielo, que resplandece siempre con resplandor mas nuevo á nuestros ojos, cuando vemos centellar la virtud, imágen del Eterno aquí en la tierra.

CX.

¡El mundo! Vana palabra que nada significa. Si el culto al placer, el relajamiento de todos los vínculos de familia, la oprobiosa impotencia para producir el bien, el desvariado lujo, manto que no basta á ocultar miserias; los recuerdos de ayer, que nada significan, grandes nombres, que solo sirven de mengua al pigneo que los viste y ostenta sin recordar la historia que le trasmitió para confusion y vergüenza el olvidado deber de ser grande y generoso; las orgias, donde se malgasta la vida, el odio siempre creciente, nacido de la envidia; la intriga extendiendo sus redes, el vicio, levantando con orgullo su cabeza, si todo esto distrae vuestra atencion, y divierte vuestro gusto, penetrad en esos perfumados salones, santuario de tantas beldades deslustradas por el vicio, de tantos hombres ascendidos por la intriga al poder, al goce de todas las delicias y vereis cuanto de dolor oculta esa mentida felicidad de la riqueza. Pero, declárome incompetente para describir estos cuadros, y teniendo á mano algunos fragmentos de las memorias de mi héroe, creo que por ellos llegará el lector á comprender mejor esta tan azarosa de su vida.

CXI.

Dia 1.^o

«Pasar la vida en el olvido, es un crimen. Evaporar en lo recio el fuego, que arde en el pecho, es faltar á la Providencia. Padecer siempre es imposible. Voy á darne al mundo. Lejos de mí, sombras de dolor, que oscureceis mi frente; la carejada del placer me tornará la vida que se apagaba en mi seno. ¿Son las luchas producto de las ideas? ¿Es el pensamiento la esencia del ser? ¿Qué hermoso será vivir entre esas beldades, que como mariposas desprendidas del árbol invisible de la vida, vuelan y se mecen en un océano de luz, desplegando sus matices para enamorar su vista y encender el corazon.»

CXII.

«Me ha llevado Eusebio á casa del conde de Castelnevado. ¡Oh! En vano he pedido goces al baile. Me placia mas dejarme abandonado á las olas, en mi barquilla, oyendo los rumores de la naturaleza. No es la mullida alfombra como el mar. No son los brazos de las hermosas como las olas palpitantes. No relumbran aquellas bujias como el estrellado firmamento en una noche de estío. Ninguno de los brillantes que ornan el pecho de las damas, luce como lucir suele la tímida luciérnaga escondida en el cáliz de una flor. Y aquella música, y aquel ruido, y tanta palabra vana, y tanto cumplido inútil, no es como la sonrisa del labrador, ni como la tierna franqueza del marinero. ¿Cómo traía á las mientes mi ermita, mi adorada virgen con su niño en el regazo, abreviado cielo, do se compendian todas mis aspiraciones, mis dulces ensueños halagados por el susurro de las hojas del bosque, mas plácido á mis oidos que el acento del hombre siempre viciado por extrañas artes y escondidos propósitos, y sobre todo, ¿qué fue de María, ángel de paz que Dios me dió y me arre-

bató el infierno? ¡Y don Braulio ha muerto asesinado y nada he podido saber de María!»

CXIII.

«He hablado esta noche con una jóven hermosísima. Tiene por nombre Amelia. Lo mas interesante de nuestra conversacion ha sido...»

—¿Se divierte V. Amelia?

—No puedo divertirme.

—Tal me sucede.

—¿Sois desgraciado?

—Sí.

—¿Todos los hombres son desgraciados, y se quejan de vicio.

—No lo creais.

—Mirad como ruedan, ¡con cuánto contento!

Despues callamos y estuvimos largo tiempo contemplando el baile.»

CXIV.

«Los seres felices debian ser por necesidad virtuosos. La marquesa de Castelnevado no puede ver á los pobres. Los cree inferiores en naturaleza á los nobles. No los compadece. Cree que debe guardar su compasion para los reyes.

—Esos si son desgraciados, me decia.

—¿Por qué? Viven de la vida del pueblo. Se gozaban en su orgullo, no les va mucho en las desgracias ajenas, y se creen dioses y como tales superiores al pobre.

—Pero las revoluciones... me decia.

—Suelen siempre ser alimentadas con sangre del pueblo.

—Torpes privilegios le han arrancado su corona.

—¡Oh! los re... no quiero pronunciar la palabra. ¡El pueblo mandándonos á nosotros, nobles!

—No, ¡los nobles confundidos con el pueblo!

—¡Oh! eso no puede ser. Solo en el dia del juicio, podría verse tan extraño caso. No lo dudeis solo en aquel dia podría eso verse...»

—Antes se verá; y rogadlo al cielo, porque asi quizá vuestra clase tenga menores culpas que pagar á Dios.

—Ernesto, si no conociera vuestro natural un tanto estrafalario, provocarianme á ira antes que á risa esas palabras.

—¿No creis el privilegio extremo de la injusticia?

—Antes le creo deber que nos paga cual cumple á la sociedad.

—Señora, Dios nos infundió un mismo espíritu á todos con un soplo de sus labios.

—Pero el mundo...

—Varió impió la ley de Dios.

—Vamos, no me place discutir, Ernesto, verdades tales con vos.

CXV.

—«Y pensaba yo, desdichado, encontrar en el placer la vida! Torpe pensamiento! Dios mio. ¿Se han secado las fuentes de tu misericordia? ¿Has retirado de mi ser el soplo de vida que pródigo á todos los seres concediste? El pez solo vive en su elemento, el ave tiene por palacio la atmósfera. El águila se mece feliz en las alturas y se goza en cerner sus alas sobre la nube preñada de tormentas. Y yo, solo yo, no puedo vivir en el mundo, que me diste por viviendo

mi pecho no respira; el espacio es para mí un sepulcro, el cielo mismo pesa como una losa sobre mi frente; me son odiosos los hombres, busco flores, hallo espinas. ¿Dónde os albergais, astros resplandecientes, seres de la creacion, sol y luna? ¿En qué copa de oro guarda Dios el nectar delicioso de la vida? He habitado los campos y suspiraba en aquella sazón por la sociedad, vivo en el mundo y gusto de apartarme de los hombres, me refugio en mi pensamiento, me rodean espesísimas tinieblas, llamo á Dios, y me respode la duda.

CXVI.

Hoy he vuelto á ver á la hermosa Amelia. Su pálida faz muestra que secreto dolor corroe su corazon. En esas brillantísimas reuniones, do tantos objetos pueden distraer la vista, y tantos murmullos halagar el oido de una jóven se presenta absorbida en su pensamiento, agena al mundo, que la cerca. Solo cuando me aproximó parece como que respira segura de que puedo comprender la inmensa pesadumbre de sus dolores. En todas partes se levanta como pálido espectro el dolor. Parece que debiera alejarse de esos brillantes salones. Allí se cierne tambien sin que sean parte las plácidas armonías para ahuyentarlo. Amelia tiene suma gracia. Su cabello negro, sus ojos rasgados su ancha frente, su melancólica sonrisa, sus prendas, que me enamoraran, si yo como Satan, no estuviese imposibilitado de curar. ¡Oh! siempre vamos en pos del desengaño, siempre. Está escondido en la flor de la vida. No bastan las lágrimas, es necesario ahogarlo y para ahogarlo es necesario ahogar el corazon. ¡María! ¿Por qué me enseñaste á amar? ¿Por qué te apareciste sonriendo ante mis ojos, cual si hubieras sido misteriosa encarnacion de la divina idea, que flotaba en mi conciencia? Amelia, María, Eugenia, estais imposibilitadas, si, imposibilitadas de producir la felicidad: no sois la vida. La vida no está en el mundo. Campos esmaltados de flores, no hay en vuestro inmenso espacio aire para respirar; salones tapizados de seda, no hay en vuestro recinto, ni aunque con mil bujias os iluminen, un rayo de luz para esclarecer la negra noche de mi conciencia; amor, divino amor, no guardas entre tus misterios el santo misterio de la vida.»

CXVII.

«La historia de Amelia es tristísima. La guardaré en mi libro de memorias. Voy á ver si la recuerdo tal como la contaba, can aquel acento inimitable de candidez que me encanta.

HISTORIA DE AMELIA.

«Yo vivia feliz: nada sabia de los misterios del mundo; jamás habia soñado con el amor: educada en un antiguo castillo de Francia, pasé los primeros dias de mi niñez, cuidando de mis flores, que me enamoraban y de mis palomas que de puro contento me volvian el seso. Algunas veces desde las elevadas almenas miraba á lo lejos el mar confundido con el horizonte como un celeste y hermoso tabernáculo, donde se oculta Dios. Asi cuando algun sentimiento se levantaba en mi corazon, lo confundia con el amor que me inspiraban aquellos tiernísimos objetos de mi cariño. Nunca pensara de otra suerte, nunca. Feliz con mis ilusiones mi vida hubiera sido como dulcísimo ensueño. Pero la suerte quiso hacerme probar la

huel de la desgracia. Un jóven venido de París, un primo mio, oscureció la felicidad que poseia mi alma. Era instruido y elegante. Su instruccion, sin embargo, le perdia; mostrábase compasivo con la desgracia y dado á consolarla; pero su compasion le llevó al crimen. Poseia todas las bellas artes, las amaba, pero contra lo debido, las bellas artes jamás lograron entenercer su alma. Preciábase de sensible; la sensibilidad era muy grande para la humanidad, muy pequeña para el hombre. No habia en aquella sazón amado aun. Y era verdad, porque no podia caber en su corazon el amar á una mujer. Llegó y me rindió su corazon; no queria creerlo y secreta inclinacion me forzaba á gozarme en su recuerdo. ¿Cómo podia desasirme de los lazos que para prender mi corazon tendia? ¡Imposible! Mi alma aspiró alborozada el aliento del amor; imaginé que la eternidad habia prestado vida a mi corazon, y Dios mismo á mi amor espléndidos matices. Sus cartas, sus palabras, sus canciones, me halagaban; sin embargo, no osaba yo oír sus quejas. Aunque mi corazon ardia en amor, un instinto superior á mi corazon me forzaba á sellar con reiterado silencio mi pasion. Holgábame en mi fortaleza aunque creida de las palabras de mi primo, me dolian en el alma sus amargas quejas.

«Aun recuerdo la conversacion del dia en que por fin rendida oí las palabras de sus labios. Estábamos á orillas del mar; el sol se habia hundido en el ocaso, teniendo con purpúreos reflejos el horizonte como en recuerdo de sus amores. Algunas estrellas, como ángeles perdidos en el espacio, desplegaban sus alas de luz en el azul desierto de los cielos. La brisa arrancaba melancólicos susurros á los bosques, susurros parecidos al eco de mística oracion. Las azucenas y las rosas tendidas á nuestras plantas escondian en sus hojas luciérnagas que se asemejaban á hermosas estrellas descendidas del cielo, y ocultas para escuchar nuestros amores en las sombras del vicioso follage.

—Mira: todo anuncia amor, me dijo.

—¡Vana palabra! contestéle.

—Quizá sea asi para los seres desposeidos de alma.

—¿Tal me juzgas?

—Me abona tu sentir.

—No me comprendes. Temo que amor, por grande no se albergue en nuestro pequeño mundo.

—¿Tal me juzgas? dijo Alberto.

—Achaque de tu orgullo seria estimarse por tales palabras ofendido.

—¿No te he dicho que hay en mi corazon un mundo mas grande que este mundo, y un cielo mas inmenso que ese cielo!

—Que me place.

—¿No me preguntas de quién es mi corazon?

—No quieres decírmelo.

—Deseo que me lo preguntes.

—No haré tal.

—¿La razon que te abona para que tan poco te vaya en conocer mi corazon?

—La callo.

—La exijo.

—No tienes derecho.

—¿Como eres osada á desconocerlo?

—¿Y como tú osado á penetrar en mis intenciones?

—¿Me interesan tanto!

—No lo creo.

—Haces mal, porque despues de tantas pruebas, dudar aun es como si dudáramos de que Dios existe despues de haber contemplado este hermoso espectáculo.

—Si no fuera ageno de mi sexo diríate que...

—¿Qué?

—Que temo preguntártelo.

—Tuyo es mi corazon; y cayó de hinojos á mis plantas.

Callé y despues de un instante lancé una carcajada.

—¡Oh! maldita seas exclamó levantándose de repente y apartándose cual si le hubieran mis palabras herido de muerte. Entonces me di á llorar; acercóse lentamente y cogiendo de mis manos una flor donde había caído una lágrima, la besó con estático arrobamiento.

—Perdóname, dijo.

—¡Alberto, Alberto!

—Si, si, pronuncia muchas veces mi nombre. El te dirá que tu recuerdo vive siempre en mi memoria, te dirá que ni por ingrata te olvido, ni por esquivada te desamo.

—¡Ingrata, esquivada! Alberto.

—No, no, lo eres. ¿No es verdad que Dios te ha dado tanta hermosura para dorar mi vida. ¿No es verdad que me amas?

—Calla, calla.

—Si, lo he adivinado; si lo he leído en sus ojos.

—Por compasion.

—Si, si, me amas.

—Te amo, Alberto.

—Gracias, Dios mio, gracias. Y levantó las manos al cielo como si hubiese acabado de luchar; como si inmensa pesadumbre de inmenso dolor hubiera caído de su alma.

CXVIII.

Desde aquel punto se deslizaban como amorosas ilusiones mis dias. No habia para mí mas mundo, ni mas cielo que mi amor. Quizá quiso Dios, en justo castigo de mi torpe idolatria, darme á gustar tantos y tales dolores. Dime á tributar culto en mi corazón á un hombre. ¡Oh! Perdonadme, Ernesto; sois mi amigo, y os voy á confiar un secreto. Me avergüenzo de haber amado á un hombre. A veces, ni á mi propio corazón confío tal pasión, para que yo no lo sepa. Necesito contaros pormenores, sin los cuales imposible sería continuar el hilo de mi historia. Vivía en el castillo conmigo una tia, baronesa, buena señora, que ha muerto. Su riqueza era fabulosa. Llamábanle por burla en los salones de provincia madame Fouquet. Tenia por costumbre hablar de su testamento, y tanto que rayaba en manía. Yo era, en aquella sazón, la designada para heredar sus maravillosas haciendas. Habia tomado mi tia de memoria el testamento, y lo recitaba á todas horas delante de todo el mundo. Debo decirlo. En un tiempo me halagó la esperanza de tanta riqueza. Pero despues que amor, por mi desgracia, penetró en el pecho; olvideme de todo, menos de Alberto. Mi carácter, de suyo juguetón, se tornó milagrosamente melancólico. Mi tia me importunaba siempre con sus preguntas. No tenia otra conversacion. ¿Qué harás despues de mi muerte con el parque de la Lorena?—Hemos de ir pronto á ver las islas que tienes en el Ródano.—¿Iraste á vivir á París?—Tienes haciendas tales en Italia. y con estas y otras sarandajas que no son para dichas, pasaba el dia con harto descontento mio, pues de seguro, por un instante de soledad destinado á pensar en mi amor, diera en aquella sazón todos cuantos bienes podia prometerme la sin par largueza de mi tia.

Tal conducta traíala mohina y atareada, no sabiendo qué pensar de mi esquivada. Ya reputaba que románticas novelas habian sido parte á volverme el seso, haciéndome ¡qué horror! menospreciar sus riquezas; y prohibia terminantemente que, ni por distraccion cogiese un libro, ya vigilaba mis pasos, imaginando con harto fundamento, que oculto amor ocupaba mi corazón; pero era en sus averiguaciones tan desgraciada, y tan desacertadísima en sus presentimientos y recelos, que jamás logró dar en la causa principal de

mis penas. Viendo que yo no me encendia en ardoroso entusiasmo por su herencia, fue poco á poco negándome sus caricias, y de tal suerte me odiaba que en toda la comarca, teniase por seguro casi que, en pago de mi tristeza, mi tia trataba de desheredarme.

Entre tanto crecia mi amor por Alberto, y la solicitud de Alberto por mí. No habia en el campo flor á que no me comparase, ni habia en el cielo estrella que no fuese parecida á mis ojos. No debo encareceros cuanto contento encerrarían para mí tales palabras. Amor se acrecentaba con el tiempo hasta llegar á encender en mi pecho una de esas pasiones profundas, inextinguibles, que absorven el pensamiento y alcanzan que el mundo, la familia, los festejos, nuestro propio espíritu pasen ante nuestros ojos como seres faltos de vida, como cuerpos desposeidos de alma.

CXIX.

Mi tia desasióse de mi trato. Yo me alegré tanto que no encuentro palabras para encarecer mi satisfacción, porque sus quejas me hacian daño, y sus proyectos me causaban lastima.

Un dia tuvimos la siguiente conversacion.

—Hija mia. Duéleme tu ingratitud muchísimo.

—¿Es porfia! No os digo que debeis curaros antes de pensar en quien os ha de suceder, en hallar la mejor traza de gozar cuanto podais de vuestra fabulosa riqueza.

—¿Qué consejos!

—Entiendo por gozar, hacer bien: que no hay goce mayor en este mundo.

—Yo quiero que mis riquezas acrecentadas en un doble, si fuera posible, pasaran á tí para que las lucieras, cual cumple, á una gran señora. Pero tú. . .

—Yo no consiento que tan preocupada os traiga mi porvenir.

—Amelia. Amelia. Están haciendo méritos muy propios para conseguir que te desherede.

—Me encogí de hombros con desden.

—Te es indiferente.

—Indiferente. Dije sin inmutarme.

—Véte delante de mi presencia. No vuelvas á hablarme. Desde mañana vivirás aislada en el alcazuelo del castillo. Nada sabrás de mí. Despues que yo habia hecho para divertirla y sorprenderla, hasta un teatro en la hermosa quinta de Nápoles, así me paga. Mañana mismo llamaré al escribano, é irrevocablemente serás desheredada.

CXX.

Despues de esta escena corrí al jardín, saltando de contento, y encontré á mi primo.

—Albricias. Albricias.

—¿Qué te pasa?

—Ya puedo dedicar algunas horas á estar contigo.

—¿Cómo?

—Nuestra importuna tia no descansaba nunca, ni daba treguas á su afán por pintarme las riquezas que me reservaba, y era tal, que no consentía sino de domingo en domingo, que me apartase de su lado.

—¿Y eso te trae tan contenta?

—¡Te parece poco! Por estar una hora sola á tu lado, diera yo el mundo.

—Haces mal.

—¿Por qué? Alberto.

—Porque no debias disgustarla.

—Si me tiene esclava.

—Pues sufre resignada la esclavitud.

—Si apenas consiente que te hable.

—Pues no me hablas.

—Si, solo algunos domingos consentia que fuera contigo y esa aborrecible quintañona, á orillas del mar.

—¿Y qué?

—Que yo necesito verte á todas horas; oír tu voz.

—Pero ¡tanta riqueza!

—¿Qué importa! si antes era esclava, y ahora estoy libre para verte á todas horas.

—Ahora misma, corre á pedirle perdon.

—¿Ahora? No me separo de tí.

—En este punto. Deseo tu felicidad. Te lo mando.

Corrí desalentada al castillo. Llegué, llamo, atraveso los corredores, me acereo al salon de mi tia, llamo á la puerta, y me contesta su voz con acento de amargura.

—Es inútil. Estas dasheredada.

Me vuelvo, sin que tal palabra me produjera impresion, y veo que Alberto, pálido, demudado, decia, mirandome con rabia, estas palabras.

—Me has perdido.

—Di un grito de horror, porque aquella frase me habia partido el pecho.

CXXI.

Desde entonces fue entibiándose su amor, de suerte que no habia para mí punto de reposo. Olvidóse de sus poéticas palabras, de sus ardientes juramentos, de sus apasionadas cartas, de su tierno mirar, y siempre receloso, no hacia otra cosa que ahondar las llagas de mi desgarrado corazón.

En esto mi tia, que no podia pasarse sin tener una heredera con quien conversar del brillante porvenir que le reservaba, mandó llamar una mi prima, que se prestó gustosa á oír en gracia de las muchas esperanzas que abonaban su paciencia.

Llamábase Lucia. No era hermosa; pero tenia cierta gracia picaresca, que sentaba muy bien en sus cortos años. Morena, como buena española; pero algo mas morena de lo que puede consentir el buen gusto; gozaba sin embargo de alta fama por sus brillantes ojos y brevisima boca. Eran sus cabellos rizados; pero con tal desórden que aumentaban sus gracias, dando mucho de original á su animada fisonomía.

De su carácter poco debo decir. Era irreflexiva, inocente, y sin embargo un tanto coqueta. Gustaba de la adulacion; pero se reia de los hombres. Aparentaba oír atenta las amorosas declaraciones; pero despues glosaba con mucha gracia los arrebatos líricos de sus amadores. Era bondadosa, aunque cierta malicia, que no pecaba de liviana, oscurecia esta dote de su natural bastante dado á la desconfianza. Franca con sus amigas, escéptica con los hombres, ni provocaba, ni desoia sus palabras. Fuera efecto de su bondad ó efecto de su malicia, ni los desauciaba, ni tampoco les consentia grandes esperanzas, contentándose con escucharlos, sin darse, ni por vencedora ni por vencida.

Llegada al castillo, desde luego mi tia le anunció pomposamente que suyas serian las fabulosas riquezas.

Alberto me trataba en esta sazón con dureza tal, que mi dolor no tenia treguas. En algunos instantes, ya por compasion, ya por calculo cesaba de atormentarme y me sonreia con amor; pero aquellos cortos instantes eran como horrible contraste, propio solo para acrecentar lo inmenso de mis penas. Conocí, y me lo ocultaba á mí misma, que habia amado solo

mi fortuna. No por mí, por él, me esforzaba en arrojar de la mente tan indigno pensamiento.

Recordaré algunas conversaciones, que pintarán mejor su condicion y mi suerte.

—Me desamas, Alberto; ¿te gozas en mi martirio? ¿por qué si no me amas, osaste con tu aliento empañar la felicidad de mi vida?

—Duélete haberme conocido. Ya ves cuan natural es mi recelo. ¿Quéjate ahora de que soy ingrato, cuando eres tú quien me provoca á serlo!

—Ten compasion de esta infeliz mujer. Dime que me aborreces, que no quieres volver á verme, que mis ruegos te importunan y te cansan mis lágrimas.

—Digote que desearia que me comprendieses.

—No quiero comprenderte, Alberto.

—Hé ahí como vienes á prestar apoyo á mis palabras.

—Si te comprendiera, tal vez, tal vez, me costaría la vida.

—¿Qué dices? Me insultas.

—No, no te insulto.

—Si, si. Entiendo, entiendo lo que has querido darme á entender con esas palabras. Entre nosotros hay un abismo: la desconfianza. Mira, Amelia, no te quejes de mí, quéjate de tu propio corazón. Tú has levantado estas tormentas, que dormian en el fondo de mi ser.

Y sin curarse de mis lágrimas ni prestar atencion á mis quejidos, me dejó entregada á mi dolorosa desesperacion.

CXXII.

Mi prima Lucia, lejos de atizar el desamor de mi tia, hizo cuanto le aconsejó su buen deseo para reconciliarme con ella. No perdonó medio alguno, ni ruegos, ni intrigas, ni amenazas. Nada consiguió. Su solicitud hacia mi aliviaba mis penas. Negóse á recibir la totalidad de la herencia, como antes habia hecho yo; pero mi tia no era dada á transacciones y no gustaba de compartir la herencia; pues quería, para dar mayor esplendor á su largueza que recayese en una sola persona.

Alberto empezó á tender sus redes. No dejaba jamás de perseguir á Lucia con sus amorosas endechas. Lucia jamás le oía; bien al revés de como acostumbraba, pues, segun creo haberos dicho, era muy amable y aun coqueta con los hombres. Alberto sentia tanto su desprecio, que me atormentaba en proporcion de los agravios recibidos. Yo, aunque tan inclinado le veia á Lucia no acertaba á creerlo, achacando á pura galanteria su conducta.

Habia mi alma conocido el amor, pasión á tantas tormentas ocasionada para ser burla del destino, mofa de un hombre. Y en mi corazón habia nacido con tan varios colores, con tan encendido fuego aquella celeste pasión, que desdeñaba todo cuanto á su naturaleza se oponia, y ni por desengañada se apagaba, ni por dolorida moria; antes lanzaba á manera de solitario ruiseñor lastimeros quejidos, y crecia borrando de mi memoria toda imagen que no fuese su imagen, y de mi mente toda idea que no fuese su idea; de tal modo que mi vida, aquella vida por Dios arrojada al universo quizá para gozar la felicidad, se evaporaba perdiéndose en sueños y delirios de asomos de razon desposeidos.

Pero ¿quién no cede á la evidencia? Hé aqui la conversacion que oí escondida en el jardín tras un sauce. Lucia y Alberto estaban solos en el borde de la fuente.

—He reparado que, siempre, Alberto, te muestras distraido, y en tus acciones revelas efectos de querer bien; y como soy un tanto curiosa, fio en tu bondad;

pues averiguado que quieres, me has de decir á quién.

—Es verdad que quiero bien. Mas ¿han de publicar los labios lo mismo que están diciendo los ojos? Y si tú, ¡ay! no me entiendes; prefiero, Luisa, callar: que espero bien poca dicha cuando es tanta mi desdicha que no se entiende mi amor. Si revelara mi pasión, hubiera en mí dos culpas, fuera el decirlo la primera; y la segunda el decirlo á tí.

—Mala traza te das para vivir en estos tiempos, en que es propio del galán no solo decir su amor, sino decir el que no tiene.

—Si tú me nombraras...

—¿Es por ventura Consuelo, la hermosa reina castellana...?

—Poco, en verdad, es para mi mal ese consuelo.

—¿Es su prima Dolores?

—No me daña tal dolor.

—¿Salud?

—No es bastante á curar mi corazón.

—¡Ah! ya caigo, es Amelia, si Amelia.

—No la amo. Te lo juro por el cielo. Y ya que ni estenderme quieres, solo tú, Lucia, eres mi dulce, mi eterno amor.

Aquellas palabras, mal de mi grado, me electrizaron, y á su compás, me iba acercando como atraída por una fuerza magnética desde el sauce á la fuente, con los ojos desecados, pálido el semblante, trémula, sosteniéndome con ambas manos la cabeza pronta á estallar á impulsos de cruel dolor, y al concluir aquella frase verdadera sentencia de mi muerte, caí de rodillas entre ambas, lanzando una de esos lastimeros quejidos que solo puede inspirar la desesperación.

—¡Amelia! exclamó Lucia. ¿Te has vuelto loca? y se bajó para sostener en su seno mi cabeza, mientras Alberto se dirigía á la fuente á recoger en la palma de la mano un poco de agua para rociarme el rostro. Recogióla, en efecto, pero al inclinarse para aliviarme, me incorporé súbitamente como si hubiese visto en sueños negro espectro.

—¿Qué te sucede, Amelia? dijo Lucia.

—Nada, nada... Si pudiera llorar...

—Llora, llora en mi regazo, exclamó mi prima abrazándome tiernamente. Alberto estaba indiferente, contemplándose como Narciso, en el cristal de las aguas.

—Quisiera estar un instante sola.

—No, no, dijo Lucia, pudieras ponerte mala. No lo consiento.

En este intervalo torné á dominarme, y dirigiéndome á mi primo comencé á hablarle de esta suerte. Es de notar que jamás había revelado mi pasión á Luisa. Esta, poco observadora achacó mi tristeza á la desgracia de haber perdido el favor de mi tía. Además, la indiferencia de Alberto no podía dar ocasión á sospecha de ningún género. Así le hablé.

—Es tu amor como un divertido poema. Tu corazón es, como Dios, infinito. El mundo entero cabe en su espacio. Lástima grande que no halles quien te comprenda. Como se extasiaría la mujer que leyese...

—Tienes razón la mujer amada que leyese en mis ojos, lo que guardaba mi corazón, sería bien cruel si me desdeñaba... y miraba extático á Lucia.

El dolor me partía el pecho.

—Amale, Lucia, Amale; que te guarda virgen un corazón que no ha amado y te dirán «te adoro con amor;» labios que jamás han mentido.

Alberto se desesperaba. Furioso me miraba, y si en aquel punto, hubiera podido confundirme, no dudara en hacerlo así, ni un solo instante.

—Pláceme tus recomendaciones, Amelia. Pero, ó me engaño, ó según de tu acento colijo, es muy dado nuestro buen primo á prestar tributo de adoración á las mujeres.

—Es cierto, dijo él, es muy cierto. Amo á tu sexo, pero en una sola mujer que es dulce como el cáliz

de las flores, pura como la gota de rocío, amante como la luna, inocente cual la paloma, y como las estrellas hermosas.

Lucia lanzó una carejada al oír aquellos arrebatos poéticos, yo miré á mi primo como mira el juez al acusado, y mi prima que no había podido aun dar treguas á la risa que le asaltara, toméme de la mano, y maquinalmente nos dimos á correr dejando solo á Alberto al lado de la fuente, maldiciendo su malhadada estrella.

CXXIII.

Alberto no deseaba amor, deseaba oro. Su corazón perdido para la virtud no conocía otra vida que la ambición. Así se explica la pasión que siempre me ministió, así se explica el amor que súbito se apoderó de su pecho al ver á Luisa. Entonces convencida de esto, no pude aborrecerle. Amábale á despecho de mi voluntad. Me puse á reflexionar, é hice las siguientes preguntas á mi corazón. ¿Le amas por tí, ó le amas por él? Por él, me contestó. ¿Es egoísmo ó abnegación tu cariño? Abnegación. ¿Debes buscar tu felicidad ó la suya? La suya. ¿En qué consiste para él la felicidad? En el oro. ¿Debes sacrificar tu corazón, para dar la felicidad al ser que adoras? Si, me contestó sin vacilar mi corazón. Ni el dolor, ni el martirio, ni la desesperación ni la muerte, me arredrarán para darle esa felicidad que ansioso busca. Dándole la ventura que ambiciona quizá le doy decias un remordimiento. ¡Y qué placer verle feliz y contento aunque me olvide!

Antes de tomar esta suprema resolución, dudé, padecí, vacilé, pero despues enjuagué mis lágrimas, puse la mano sobre mi corazón, aconsejándole imperiosa que no osara rebelarse contra mis mandatos, sacudí mi cabeza como si pretendiera de esta suerte arrojar en el olvido mis ideas y mis ensueños, y sonriéndome, como debían sonreír los mártires desde la hoguera del martirio, encamineme con seguro paso á la habitación de Lucia para dar principio á mi sublime obra. Perdonadme, si de tal me atrevo á calificarla, porque acaso no alcanceis á comprender cuan inmenso es el dolor en el corazón de la mujer que no ha nacido para dominar tan crueles tormentos; pues su corazón fue creado para el amor, para derramar la felicidad en el alma del hombre, para dorar con místicos reflejos el secreto santuario del hogar doméstico, al desposeerse del amor, se desposee de la esperanza que es la vida, y se condena á vivir eternamente sola, desamparada, á no ver en el mundo ni un ser que la compadezca, ni un lazo que la una á la sociedad, ni siquiera un amigo que vierta una lágrima sobre su tumba, lágrima que despues de la muerte sube mezclada con el puro aroma de la oración hasta el mismo trono de Dios. Así mientras mas me acercaba al cuarto de mi prima, mas crecía mi angustia y mis ojos al través de los vidrios de la galería, veían el campo como una flor marchita, los cielos como un cuadro sin colores, y al volver la atención hacia mi misma, oía tan solo hervir en el fondo de mi corazón negros y horribles dolores, cuya intensidad me consolaba, dándome la esperanza de pronta y segura muerte, único asilo que distinguía entre el deshecho huracán que arrebataba en sus alas todas mis queridas ilusiones.

Entré por fin en su aposento. Recibíome con su natural amabilidad, preguntándome solicita la causa de mi amarga tristeza.

—Estoy mas contenta, le dije.

—¡Oh! Cuanto me alegro.

—Esa tristeza es un fantasma que ha huido.

—Si si. Hablemos pues de otra cosa. ¿Qué te parece de nuestro primo Alberto?

—La misma pregunta, querida prima iba yo ha dirigirte. No porque te hayas anticipado te excusas de contestarme ¿Qué te parece Alberto?

Lucia se ruborizó ligeramente.

—Mucho me calla tu corazón, pero mucho me dice tu rubor.

—No seas así. Duéleme que tan....

—No, Alberto merece tu amor. Dije yo, y el inmenso dolor que tal palabra produjo en mi corazón, privóme por un instante hasta de la vista.

—¿Qué tienes que así palideces?

—Nada, nada.

Y me hubiera en aquel punto sacado del pecho el corazón á pedazos.

—En fin, Amelia, pesa sobre mi conciencia un remordimiento, un secreto y voy á confártelo. Perdona si antes no lo dije como cumplía al cariño que te profeso. A pesar de lo mucho que de Alberto me he reído, conozco que le amo....

Y bajó los ojos ruborizada y confusa.

—Si, amale, dije cobrando aliento. Es de tu amor bien digno.

Sin embargo de mi propósito estas palabras helábanse en mis labios, no ya por celos, sino por remordimientos: que á decir verdad, no era digno en mi sentir del amor de ninguna mujer. Pero fiel al desvariado pensamiento, que me inspiraba mi desatentada locura, rogué, forcé, insistí tanto que al fin, preparada Lucia cediendo á su voluntad, y á mis consejos pronunció el deseado sí, que colmó los deseos de Alberto.

CXXIV.

«Era una tarde de otoño. Espesas nubes manchaban el espejo de los cielos. Un frio y fuerte viento movía con estruendoso ruido las desnudas ramas de los árboles, que mentían lastimeros quejidos. El mar, azotado por el viento se encrespaba, y de su inmenso seno salían espantosos rugidos, cual si el furor le poseyese, y se aprestase á combatir con los alborotados elementos. Los pájaros, presintiendo con su maravilloso instinto el furor de la tormenta próxima á estallar sobre la dormida tierra, buscaban solícitos seguras guaridas que les librasen de la muerte, acompañando con melancólico piar el duelo general de la naturaleza. Sin duda unas mismas leyes rigen la naturaleza y el espíritu, sin duda el pensamiento es un ser y un pensamiento son los seres; tal vez esas formas que nos seducen con su hermosura, son fantásticas líneas trazadas por nuestra mente, ó tal vez estas ideas que por puras nos seducen, serán torres de electricidad, fenómenos de la materia.»

«Mi pluma me ha llevado á do esquivaba ir mi torpe inteligencia. Descártome de todos estos pensamientos que osados me saltan y tenaces me persiguen, y doime á historiar las desgracias de Amelia tal cual las oí de sus labios.»

«Decía que era una tarde tempestuosa de otoño. Mi alma presa del dolor, tormenta horrible, no se daba descanso ni se permitía desahogo, pero gozándose en todo aquello que tenía relaciones con mi febril estado, anhelaba por tomar parte en la lucha que las fuerzas recónditas de la creación habían empeñado, tal vez contra algun poderoso y desconocido enemigo. ¿Y qué mayor enemigo que el límite que encadena á todos los seres, y del cual todos tienden á escaparse como el gilguero de la jaula que le aprisiona?»

Llevada de mi deseo, salí al campo sola, cuidándome bien poco de los peligros, á que me exponía, y pareciéndome aun demasiado clemente el huracán que rugía.

Al salir me proximé á un despeñadero, donde

próximo abismo parecía solicitarme con el viento, que en forma de pequeña tromba salía de su pavoroso seno. Mi muerte era inminente, faltábanme las fuerzas, y el viento me arrastraba sin que yo misma lo sintiese y á pesar de que el instinto me aconsejaba, ora asir fuertemente un espino que hería mis manos, bañándolas con sangre, ora agarrarme desesperada á las piedras, que cedían á mi esfuerzo, lastimándome impiamente: en aquel horrible, desesperado combate no había otro fin seguro mas que el abismo abierto como la insondable eternidad á mis plantas.

En lo mas apurado de mi amargo trance oí una voz, que hirió en son de dulcísima esperanza mis oídos. Era la voz de Alberto, que corría precipitado á salvarme. Al verle acercarse grité con toda la fuerza que consentía mi pecho.

—De tí no quiero, ni la vida.

Y me dejé arrastrar del viento, perdiendo instantáneamente el sentido.

CXXV.

Al despertar de aquel horrible sueño; me hallé en mi lecho, dolorida, lleno el rostro de amoratados cardenales, y lastimados los brazos de heridas. Solo un milagro del cielo pudo salvarme. A orillas del abismo me contuvo un árbol, ofreciéndome en las ramas, que á sus pies yacían, segunda cuna pues que allí nací por mi mal segunda vez á la vida.

Alberto solo velaba mi sueño.

—Aparta... Aparta... No me atormentes.

—Amelia. Sosiégate.

—A tu lado, jamás. Huye de mí, y me incorporé en mi lecho.

—Te amo.

—¡Oh! no me insultes.

—Te amo; pero la vida...

—Te ha forzado á desdeñar mi amor.

—Quizá no sepas que pesa sobre mí como una maldición un juramento.

—¿Pues no me juraste á mí tambien amor?

—Débote amor, mas antes lo debo á la humanidad. —Déjame, Alberto, tus palabras han trastornado mis sentidos. Déjame.

—Bien. Lo haré así. Pero sabe que hay en mi corazón un altar consagrado á tu memoria. Sabe, que al sacrificar te, he ahogado mi vida. Sabe que te he ofrecido en holocausto á una idea mas alta que nuestro amor, á una idea mas esplendorosa que nuestra felicidad. Jamás viste en el fondo de mi ser el secreto que guardo, jamás alcanzaste á comprender que el hombre tiene un destino mas alto que la mujer. Ama tú al hombre, á Alberto, prodígale tus caricias, cual te plazca, duélete de sus inconsecuencias, lleva en tu abandono amargos engaños; pero ten por cierto que aquí en el cielo de mi conciencia resplandece con varios colores una idea salvadora, á la cual debo sacrificar mi vida, mi honra, mi corazón, y que esa idea, pobre Amelia, necesita para triunfar de los manes de tu amor. Si hubiera nacido en otros siglos, si señor de poderosos castillos hubiera creído que todo el mundo me debía tributo de adoración; encerrado en mis almenas contigo, mi vivienda fuera hermoso paraíso; pero hoy debemos nuestro corazón al pueblo, nuestra cabeza á la revolución.

Y salió llamando á Luisa, para que viniera á prestarme su asistencia. No pude entender su pensamiento. Desde luego deduje que aquellas eran vanas palabras arrojadas al viento por su afán de aparecer siempre misterioso.

CXXVI.

Esperóse mi restablecimiento para celebrar la boda de Alberto, y Lucia. Todo en el castillo reboaba plá-